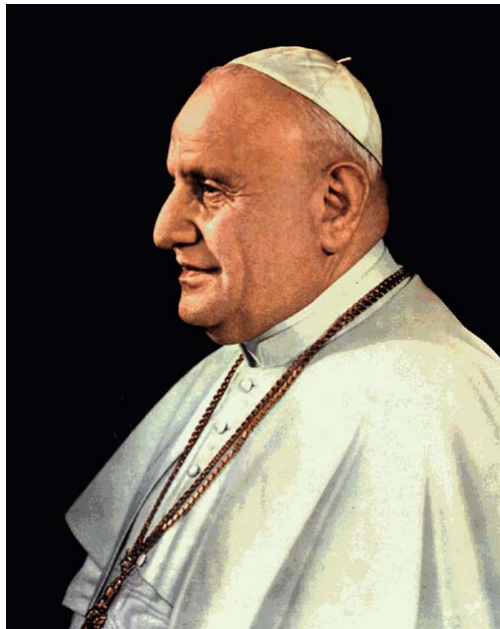




JUAN XXIII, ¿UN PAPA MASÓN?

por el Q.. H.. Christian Gadea Saguier
Paraguay



Sobre todo los masones cristianos son muy proclives a considerar la veracidad de los hechos abajo narrados, los emancipados de la doctrina cristiana no abandonamos la condición escéptica para considerar probable el hecho, pero es seguro que su pontificado constituyó una primavera para la modernidad y sus políticas, relatadas hoy en una tribuna de Lino Tamayo publicada en el madrileño El País, –que reproduzco en parte– significan que otra Iglesia ajena a la Benedicto XVI es posible.

El 28 de octubre de 1958, en este día hace medio siglo, era elegido Papa el anciano patriarca de Venecia Angello Giuseppe Roncalli, que tomaba el nombre de Juan XXIII, tras casi veinte años de pontificado de Pío XII, muy criticado por su insensibilidad ante la persecución de los judíos por el nazismo, entre otras cosas.

Nada hacía pensar en la biografía del nuevo Papa que pudiera llevar a cabo cambios importantes en la marcha de la Iglesia católica, anclada en la Cristiandad medieval; pero hay quienes coinciden en que el cardenal Roncalli fue masón antes de llegar al papado y esta condición habría posibilitado poner en marcha una de las mayores transformaciones de la Iglesia católica, que pasó del autoritarismo pino al conciliarismo, del integrismo al compromiso con la historia, de la Contrarreforma a la reforma, de la Cristiandad a la Modernidad, de la alianza con el poder a la Iglesia de los pobres y del anatema al diálogo. Ponía fin a cuatro siglos de Contrarreforma, haciendo suya, sin citarla, la propuesta de Lutero ("La Iglesia debe estar en permanente reforma"), que luego asumió el concilio Vaticano II.

Según algunas fuentes no confirmadas hace unos años, un ilustre profesor, Alfonso Sierra, intentó publicar en los periódicos de la ciudad de México una copia de una supuesta acta de iniciación en una Logia de París, donde se deja constancia la iniciación Angelo Roncalli. Otra fuente indica que en el año 1935 es invitado a ingresar a una sociedad iniciática heredera de las enseñanzas Rosacruz y que tanta fuerza el dieran en el pasado Louis Claude de San Martin, el conde de Cagliostro y el conde Saint Germain. Así lo menciona Pier Carpi en su libro *Las profecías de Juan XXIII*, donde además menciona de pruebas documentales de la iniciación masónica en Turquía de Angelo Roncalli.

Comprobado es que en 1960 Juan XXIII da su avenencia para que se proceda la realización de estudios sobre las sociedades esotéricas e iniciáticas en sus relaciones con la Iglesia. Dos años después se desarrolla el Concilio Vaticano II, donde marcará un hito las intervenciones de monseñor Méndez Arceo, durante las 31 y 71 congregación general, en los que pidió se tratara la cuestión de la actitud de la Iglesia hacia las sociedades secretas y en concreto con la Masonería. También se levantaron voces para modificar la posición de la Iglesia con respecto a la Masonería, suprimiendo textualmente canon 2335, con lo que la Masonería quedaba libre del veto de la autoridad eclesiástica. A partir de este momento la desconfianza eclesiástica hacia la Masonería comenzaba a desaparecer para volver a imponerse desde noviembre de 1983.

Con el pontificado de Juan XXIII se inicia una era de cambios compulsivos en la historia de la humanidad, que continuaron a lo largo de la década de los sesenta del siglo pasado. Fue, por utilizar la expresión de Karl Jaspers aplicada a otra época histórica, el tiempo-eje de las utopías en el que se sucedieron importantes transformaciones de toda índole: la revolución cubana, la independencia de los países

sometidos a las potencias europeas, la lucha por los derechos civiles, los movimientos de liberación en América Latina, la revolución estudiantil, la primavera de Praga, el diálogo cristiano-marxista, etc. Transformaciones todas ellas alentadas por una filosofía de la esperanza que tuvo su traducción religiosa en las teologías de la secularización, revolución, de la esperanza y de la liberación. ¡Era la utopía en acción!

Juan XXIII llevó a cabo una revolución copernicana dentro de la Iglesia católica. Con la convocatoria del Vaticano II recuperaba la tradición democrática de los concilios medievales de Basilea y de Constanza, que defendieron el concilio como forma colegiada de dirección de la Iglesia. En el discurso de apertura del Vaticano II mostró su distanciamiento de los "profetas de calamidades que siempre están anunciando infaustos sucesos como si fuese inminente el fin de los tiempos". Criticó las alianzas que el cristianismo había hecho, desde Constantino, entre el trono y el altar, denunciando las "ilícitas injerencias de las autoridades civiles" en el desarrollo de los Concilios ecuménicos y las acciones supuestamente protectoras de los "príncipes de este mundo" que respondían a motivaciones políticas y al propio interés, y que tantos daños generaron. Entonaba, así, el réquiem por la muerte de la Iglesia de la Cristiandad, considerada hasta entonces la única forma de realización del cristianismo, e iniciaba el diálogo con la Modernidad, a la que sus predecesores habían condenado como el Anticristo y la gran enemiga de la Iglesia.

Hizo suya la cultura de los derechos humanos, anatematizada sistemáticamente por los papas desde la Revolución Francesa, y la incorporó a la doctrina social de la Iglesia en su memorable encíclica *Pacem in terris*, dirigida "a todos los hombres de buena voluntad" y publicada el 11 de abril de 1963, apenas dos meses antes de su fallecimiento. Quince años después de la aprobación de la Declaración Universal de los Derechos Humanos en la ONU y tras no pocas resistencias de la Iglesia católica hacia ella, Juan XXIII la asumía en su integridad.

Su pertenencia a la Masonería aún es un misterio, pero con Juan XXIII volvió a haber primavera en la Iglesia católica, tras siglos de invernada. Pero fue una primavera corta dentro de la vida de la cristiandad, que apenas duró diez años. Luego vino, de nuevo, la larga invernada, que ya dura cuarenta años. ¿Cuándo vendrá un nuevo Juan XXIII? Tal vez en alguna logia se esté cultivando un futuro Papa que continuará con el legado de Roncalli.